

H

halcón

hiena

hipopótamo

hormiga



Joan Miró El diálogo de los insectos 1924-25



Salvador Dalí Hormigas y espiga de trigo 1951

I

iguana

insectos



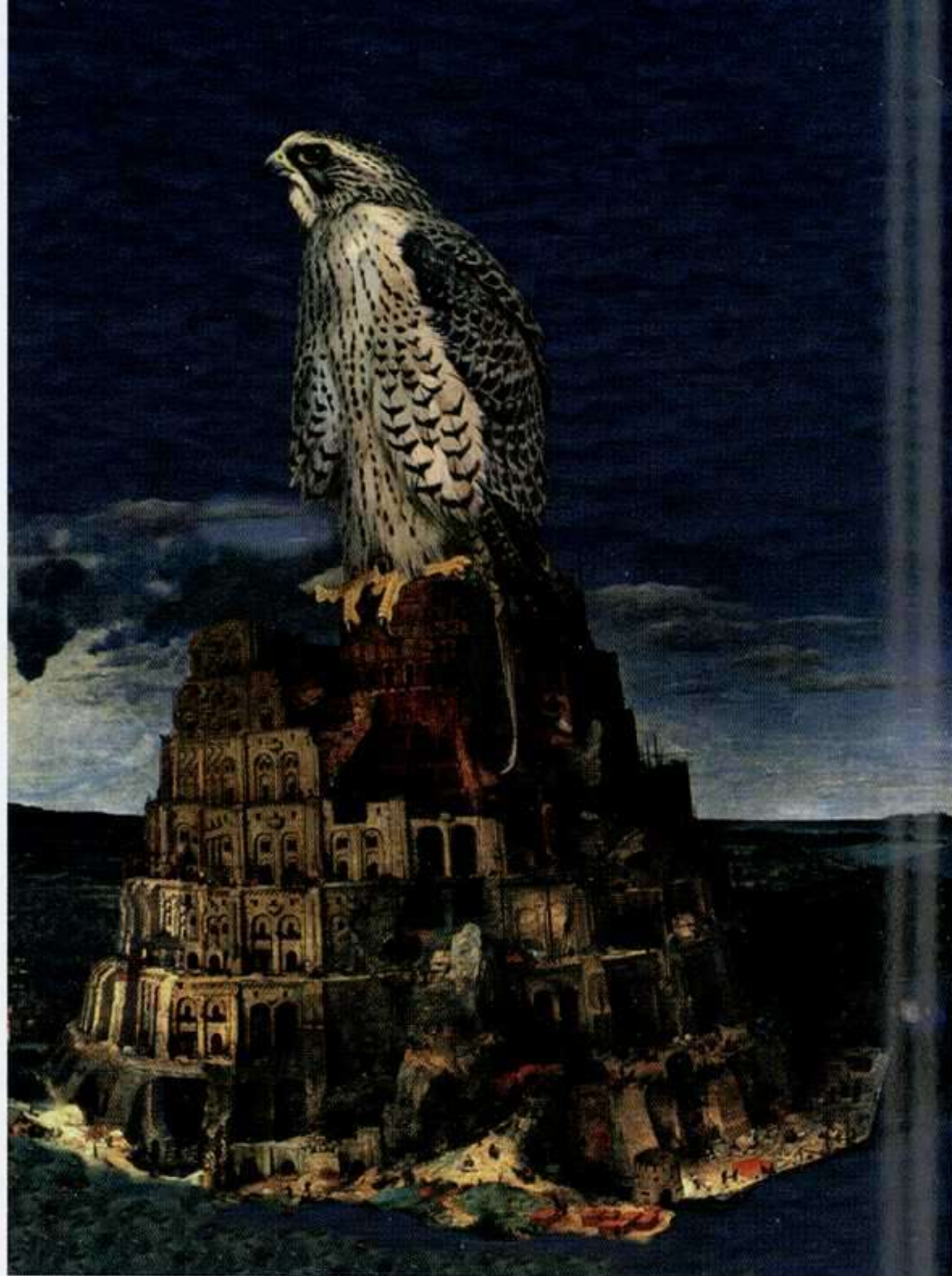
J. Wolf Hipopótamo 1861

Guillermo López Lacomba

CETRERÍA

Volando con las aves. Con el halcón volando.
Llevado por los vientos. Como un río, el aire,
como un río caliente que empuja y que te eleva
para caer dejarte. Cautivo,
con ojos tristes oteas el horizonte:
allí los verdes prados, allí los alcornoques,
allí nevadas cumbres, allí sordo clamor,
allí arena y dunas.

Allá en lo bajo, de pánico clavada,
allí tu presa. Estremecida,
queriendo disolverse con las sombras,
tiembla. Terrible y solo,
desciendes
en círculos perfectos.



Lorenzo Saval El halcón en la torre 2005

Ricardo Molina

HALCÓN

Halcón, yo miro lo que miras:
esferas primaverales
y sangrientas –rayos o peces–,
volcanes, avalanchas, humosos
golfos y el mástil rebelado
y el vencimiento de la nieve
por esta nieve de la media luna.

Virgilio Piñeira

LA HIENA

Esa manera de la hiena
despide un olor especial;
no es un capítulo del mal
esa manera de la hiena.

Su pestilencia desconoce
-ese tema de la literatura-,
la cantidad de su fragancia
reconstruye su boca pura.

Si la hiena se estimula
con la víscera nauseabunda,
su instrumento no disimula:
sabed que un estilo funda.

El estilo de la carroña,
o la indiferencia glacial.
¿Se vio sonreír a este animal?
Esto lo sabe la carroña.

En el amarillo vuelo del diente
la indiferencia se retrata;
el vuelo que resume la hiriente
sordera de la catarata.

Si desune los vendados
pies su hocico, como un insulto,
su hocico, entre las tumbas, es
la duda de un animal culto.

Ese cuerpo de más a menos
desorienta el juego del ojo.
¿Quién pudo mirar de lleno
el triángulo inscrito en su ojo?

Ese melancólico asalto
erige la insepulta memoria;
su respiración de contralto
se afina en el son de la escoria.

¡Oh, tú, nocturna, fría, aniquila
la piedad, la piel inmunda,
allí tu perfume destila,
fragante dama de las tumbas!

Luis Muñoz

LA HIENA

Durante muchos siglos
la costumbre fue ésta
ÁNGEL GONZÁLEZ

De su prestigio torvo
araña una lección gratificante:
nada de lo que necesitas
encontrarás de golpe.
Husmea en aquello que más quieres,
ladra, saca los dientes,
complace aviesamente
tu afición a la carne.

Si el hombre te enseñó ya todo eso,
si lo aprendiste aún sin comprenderlo,
no detengas la ronda,
no te mires de frente.

Añade una sonrisa insana
a la salud de esos instintos.



Aloys Zötl Hiena estriada 1831

Rafael Pérez Estrada

EL HIPOPÓTAMO

Había encontrado (gangas del azar) al hipopótamo en la calle. Llovía desordenadamente, y a la niña debió gustarle el brillo acharolado de aquel cachorro que era como una formidable cómoda holandesa, y con carantoñas y mimos, usando de señuelo el ramillete de flores que llevaba en la solapa, logró persuadir al perezoso e inmenso paquidermo para que la siguiera; y no sin alguna dificultad lo subió a la casa.

Los abuelos, acostumbrados al mal carácter y capricho de la niña, nada dijeron de tan particular invitado (aquella noche, con ánimo conciliador, leerían en un diccionario zoológico todo lo referente a este mamífero, no sin cierto recato ante la agresividad de la palabra mamífero), y, con cuidado, apartaron los viejos muebles de la sala y le hicieron sitio (casi todo el espacio que ocupa en extensión la palabra sitio). Durante muchos años lo tuvieron oculto tal si se tratara

de un prófugo en tiempo de guerra (en verdad sentían vergüenza de que los vecinos pudieran descubrir la relación del hipopótamo y su nieta, que no llegaban a aceptar del todo).

Así, niña y animal fueron creciendo, haciéndose adultos secretamente. Sólo de noche, el ruido del ascensor, incansable en la tarea de subir brazadas de hierba y tréboles, hacía sospechar a algunos vecinos que en aquella casa algo raro sucedía.

Agotados por una convivencia tan ardua murieron los abuelos, y la niña no tuvo ya ni freno ni pudor para insinuarse al hermoso hipopótamo, que era, al parecer, indiferente a sus encantos; y eso que nuestra intrépida protagonista había conseguido ser una gruesa y sana muchacha de la que apenas se podía deducir su antiguo aspecto humano. Y todo esfuerzo fue baldío, pues, fiel a su especie, el animal soñaba con una idealizada hembra de hipopótamo; en tanto que ella, adulta y solterona, exacerbada en su pasión aún más al ser rechazada, suspiraba mirando aquella inmensa mole suspirar.



Mel Ramos Hippopotamus 1967

HORMIGAS

A la cálida vida que transcurre canora
con garbo de mujer sin letras ni antifaces,
a la invicta belleza que salva y que enamora,
responde, en la embriaguez de la encantada hora,
un encono de hormigas en mis venas voraces.

Fustigan el desmán del perenne hormigueo
el pozo del silencio y el enjambre del ruido,
la harina rebanada como doble trofeo
en los fértiles bustos, el Infierno en que creo,
el estertor final y el preludio del nido.

Mas luego mis hormigas me negarán su abrazo
y han de huir de mis pobres y trabajados dedos
cual se olvida en la arena un gélido bagazo;
y tu boca, que es cifra de eróticos denuedos,
tu boca, que es mi rúbrica, mi manjar y mi adorno,

tu boca, en que la lengua vibra asomada al mundo
como réproba llama saliéndose de un horno,
en una turbia fecha de cierzo gemebundo
en que ronde la luna porque robarte quiera,
ha de oler a sudario y a hierba machacada,
a droga y a responso, a pabilo y a cera.

Antes de que deserten mis hormigas,
Amada,
déjalas caminar camino de tu boca
a que apuren los viáticos del sanguinario fruto
que desde sarracenos oasis me provoca.

Antes de que tus labios mueran, para mi luto,
dámelos en el crítico umbral del cementerio
como perfume y pan y tósigo y cauterio.

Salvador Dalí Hormigas (Detalle)



José Infante

HOMENAJE A LA HORMIGA

De un pequeño animal
sientes el roce, como si de la muerte
fuese algún heraldo.

Acaso morir también puede ser necesario,
como lo fue nacer, vivir, estar expuesto
ahora a cualquier animal,
el pasto ser de este crepúsculo
de miedo por el pecho.

Se deshilacha el sol y el animal
te sigue acariciando, cada vez
es más cercano su merodeo,
te trepa por el borde de los brazos,
te muerde el sexo, te chupa
de la sangre, no te deja,
tendido al sol, ser pasto de sus llamas.

Hormiga pertinaz, la soledad,
que no te deja solo.

Josep María Rodríguez

HORMIGAS

En un bosque de encinas,
bajo una sombra antigua como el miedo,
unas pocas hormigas se encaraman
a la mano que inmóvil las acoge.
Es fácil encontrarlas transportando
migas de pan, semillas, ramas secas
y todo lo que encuentran a su paso.
Es fácil encontrarlas,
previsoras,
aguardando un invierno que se acerca
con aspecto de oso al hormiguero.
En los días de lluvia, por ejemplo,
me entretengo observando,
después que cesa el agua,
cómo ofrecen al sol su sacrificio,
cómo esperan que el sol
bendiga como un padre el alimento
que el agua ha humedecido.
Todo parece en calma nuevamente.
Todo
menos el vuelo de un gorrión,
que esconde entre sus alas el peligro.
Es la ley del más fuerte.
Tan fácil,
tan sencilla,
como cerrar la mano.



José Corredor-Matheos

Cuando ves una hormiga
en el camino
procuras no pisarla.
Si acaso la mataras,
por descuido,
habría de menguar
el universo...
Llega hasta ti el perfume
del romero y la adelfa,
de la dama de noche.
Hormigas y perfumes
se convierten de pronto
en tu horizonte.
La tierra al fin abierta,
los arbustos tronchados,
las raíces al aire,
la verdad descubierta.
Seguirás tu camino
y encontrarás más cosas,
seres vivos,
una presencia
sólo adivinada,
que no han de aparecer
ya en el poema.



Francis Vicenc Hormigas 1993

Rafael Pérez Estrada

En sus conos de arena, las hormigas leonas
enterraban el sexo.

Sus canciones eran ásperas, difíciles de definir,
pues había en ellas algo de uña que roza hasta
el frío la cal y también algo de gato, de cría de
gato abandonada para siempre en el basurero
al fondo del Jardín.

Y esperaban la tempestad consuntiva.

**¿Y si las hormigas fuesen ya los marcianos
establecidos en la tierra?**

Ramón Gómez de la Serna

Alfredo Taján

IGUANAS

Poco antes de llegar al Balcón de Europa te predispones a contemplar la vastedad del horizonte y, a lo lejos, el ritmo lento y sincopado de las iguanas.

Saltan chispas: Magallanes, Cook, Drake, Conrad, el globo aerostático de los hermanos Montgolfier, Richard Burton y Laurence Sterne se confabulan: los gandules esquizofrénicos evocan sus odiseas contemporáneas a cien kilómetros del meridiano de Greenwich mientras cargan sus bibliotecas mínimas de fumata blanca y poesía glacial.

Desde el Balcón de Europa las iguanas no se ven y no existe más visión que África, desde arriba las madreperlas entre rocas son en verdad calizas sedientas y lustrosas semejantes a esas iguanas invisibles aunque tangibles en las antípodas, resacas por un sol poco compasivo con la fragilidad de los nuevos continentes.

I Sato Iguana 1983





Fernand Leger Coleóptero 1923

Gabriel Celaya

INSECTOS

Calor blanco de estío. Y un enjambre
resonante
de mínimos que chocan sin conciencia,
se transforman uno en otro, se confunden,
y más allá de la unidad centrada
hierven efervescentes, y se pierden.

Tarde tórrida de Agosto poblada por la
ausencia
de los múltiples inquietos, rumorosos
que son pero no son. ¡Ay, sin embargo
esa vida feroz, sin centro, sigue!
Es un vuelo nupcial hacia la muerte.

El hombre fue barrido hace ya tiempo.
Ahora presenciamos la muerte del insecto.

Y un éxtasis total y destructivo
permite descubrir, eco en lo hueco,
la belleza vacía: El ¡oh! del cero.

Alberto Girri

A UNOS INSECTOS SIN ALAS

Pensamos, por vía de ejemplo,
en la pulga común,
succionadora del perro
(la piel como hogar y fuente de comida),
la que enjaezamos,
tira de un carro, da saltos
tan inspirados como apáticos
según nuestra perseverancia y su capricho,
y que así desmiente la leyenda
de animal inmundo, tenido en abominación
desde cuando aún no se habían atrofiado sus alas;

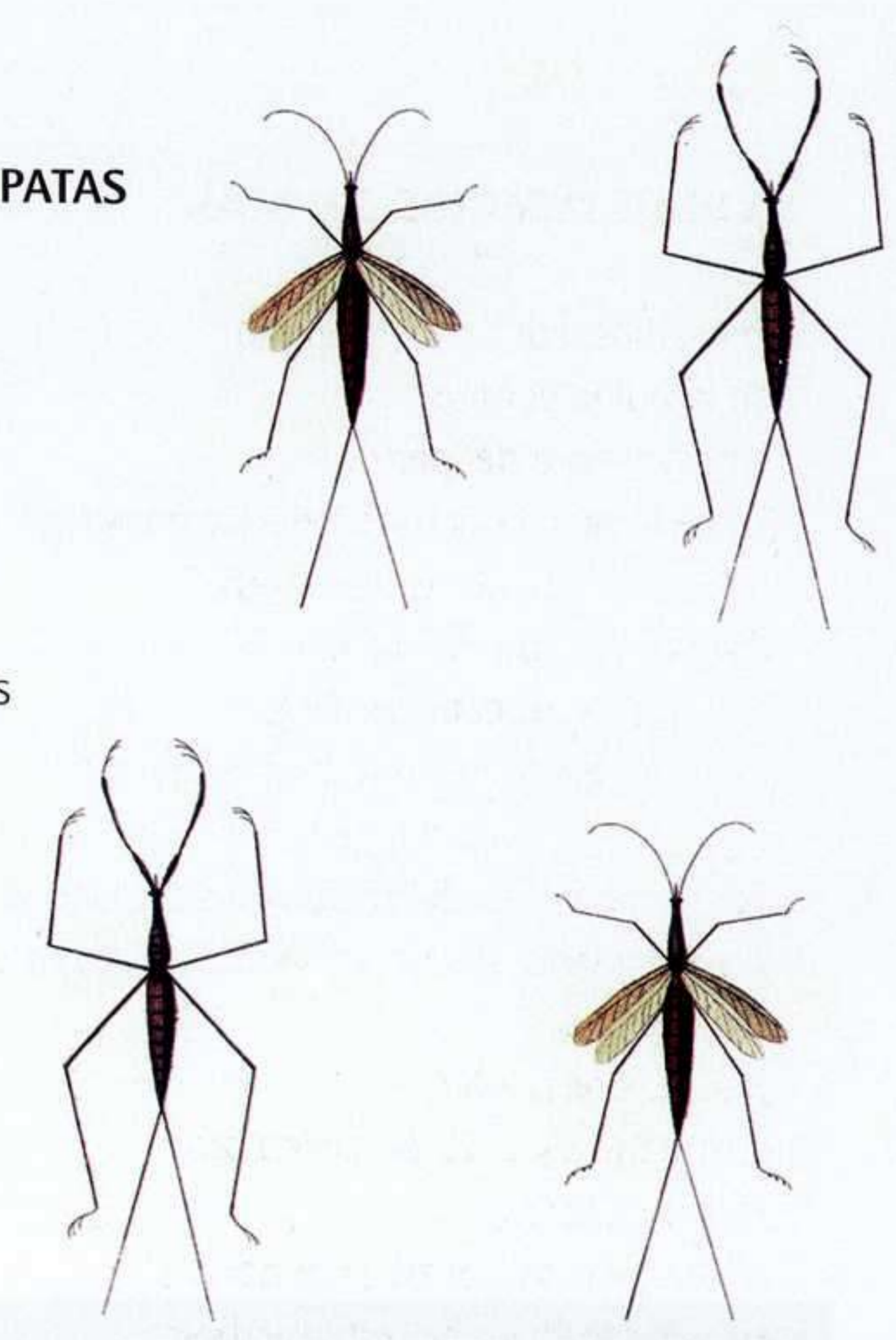
y por vía de símbolo
recordamos ese 29 de diciembre
(o 4 de enero,
de acuerdo con otros calendarios),
en que moría un gigante medieval,
Becket, señor de Canterbury,
y tras la sorpresa,
indecisión y espanto, los preparativos
para enterrarlo,
despojado
el cuerpo de ropas, ornamentos,
el largo manto castaño,
la blanca sobrepelliz,
el saco de piel de cordero,
el hábito negro, la capucha,
la camisa,
cuidadosamente
desnudo de todo
menos de la actividad de los piojos
hirviendo entre las lanas,
entre las manos de los que al desvestirlo
lloraban y alternaban el llanto
con la alegría de acariciar reliquias,
oler la santidad
expresándose en olor a santidad,
olor del piojo,
pestilencia sin alas
devastadora de pájaros y ciudades.



Ernesto Cardenal

LOS INSECTOS ACUÁTICOS DE LARGAS PATAS

Los insectos acuáticos de largas patas
patinan sobre el agua como sobre un vidrio.
Y patinan en parejas. Se separan
y se persiguen y se emparejan otra vez.
Y pasan toda su vida bailando en el agua.
Tú has hecho toda la tierra un baile de bodas
y todas las cosas son esposos y esposas.
Y sólo. Tú eres el Esposo que se tarda
y sólo yo soy la esposa sola sin esposo.
Los tálamos de los pájaros están verdes
y las parejas de grajos vuelan jugando,
las parejas de grajos negros, jugando
y gritando: ¡A A A A! ¡A A A A!



Francisco Javier Torres

Insectos e incluso pequeños pájaros
desconocidos vienen a la luz,
revolotean dentro de la luz,
fijan sus límites
y estallan consumidos por el foco.
Resulta extraño ver su apariencia alegre,
verlos bajar y alzarse,
conducirse también hacia el destino,
hacia la claridad, como si fuese un juego,
como si nada de lo que me importa
importase cuando ahí llegan.
Oigo sus golpes secos contra el faro,
mas fijo el rumbo hacia una luz mayor
ya más ligero.



Yusaku Kamekura 1983